

LOS MADRILES

Director: Angel Pons.

Revista semanal.

Oficinas: San Bernardo, 106, pral. izq.

PROYECTOS.



—Seríamos tan felices corriendo por la playa...

—No, hijo mío; he corrido ya mucho para que me queden ganas de correr por la playa.

PLÁTICAS

Ya estoy aquí, amigo Pons; no era cosa para armar tanto ruido. En último término con mi escapatoria salieron ganando los lectores de Los MADRILEÑOS. Pero ya se vé, el director de este periódico no quiere que se falte nunca á las buenas costumbres (suponiendo que sea buena costumbre escribir crónicas) y se lamentó públicamente de mi ausencia. ¡Cosas de Angel; tiene tanta afición á los caminos trillados!

Y no hay por qué ocultarlo. Me fuí sin acordarme de nada; deseando respirar el aire puro y sano de las montañas y recrear la vista con los hermosos paisajes de las llanuras Alavesas. A mí con crónicas, cuando me aguardaba Fernando Izquierdo en Nanclares y sabía yo de antemano que habria fiestas y jolgorios, no de estos fingidos de por acá, sino de los que alegran de veras, de aquellos celebrados en el hermoso escenario de los campos de Alava, teniendo en el foro montañas azules, en los primeros términos alamedas deliciosas y arriba en el lugar de las bambalinas, un cielo claro y transparente con el sol dispuesto para alumbrar sin meterse á quemar la sangre de los ciudadanos.

Al cabo de una semana regreso, para que Pons no saque mis faltas á relucir. Regreso á la corte y vuelvo á la crónica. ¡Ya estará usted satisfecho, señor dibujante! Si lo está, póngame un mono en señal de paz.

**

Pasaron los festejos. El último de ellos fué, sin duda, alegre y brillante; con mucho de extraordinario y bastante de bonito. Pero ¡qué diablo! No vale llamar fiestas á las cosas que hemos tenido desde San Isidro hasta San Antonio. Tanto que ahora al volver la calma á nuestros conturbados espíritus nos sentimos en ese estado especial del que se despierta después de una violenta pesadilla.

Si, una pesadilla atroz. ¡Mares de percalina, en los cuales se encuentra uno sumergido sin saber cómo ni cuando! ¡Procesiones inacabables! ¡Lucas de bengala! ¡Hachones

de viento! Muchas bombas iluminadas con mecheros de gas. Hablando con franqueza: todos nos hemos sentido un poco *paletos* ante los últimos festejos municipales, provinciales y hasta generales. Y cuando se recuerda lo pasado, no se dice de ello que fué mejor ni mucho menos. Se cita con cierta timidez, como si diera su poquito de ver-



Ultimo figurín para este verano. Traje de visita.

güenza decir que á ratos Madrid parecía Villamelones.

Unas fiestas salteadas como las nuestras, bien pudieran ser mas lucidas. Pero no ha sido así y lo lamentamos. Por cierto que los festejos se acordaron en albricias de haber desaparecido la epidemia de *gripe*; pues bien, antes de que concluyesen los jolgorios madrileños una nueva epidemia nos amenaza.

Cualquiera diría que España está llamada á desaparecer. Aquí todo se vuelve hablar de focos. Qué focos de inmoralidad, que focos de infección. La Providencia nos tiene bien enfocados. De lo único que no puede hallarse foco es de dinero. En cambio abundan los sofocones.

**

Y por supuesto; cólera en puerta, ciencia infusa á la vuelta. Llegó la hora de esos caballeros que comienzan á disertar en las mesas de los cafés y hablan de Koch como si fuera un pelele y discurren acerca de las epidemias lo mismo que si se tratara de la familia.

Hay quien supone que el *bacilo virgula* es un toro de Miura y hasta usa los términos *del arte* en sus discursos. Lo que debían hacer los médicos—exclama—era apoderarse del *bicho*, trastearlo en regla y acabar pronto con él. Pero ¡no hay ciencia, ni nada!

¡Ah, y luego después de estos sabios de 0,50 pesetas, con propina, salen los de ocasión! Por cierto que ya estarán preparando sus folletos y sus remedios infalibles. ¡Sus á los incautos! Ha llegado la hora de lucir vuestro ingenio, sabios por contrata. Y cuidado si son deliciosos. Acuden á los incidentes extraordinarios como los bomberos á los fuegos. Si hay cólera, monografía acerca del huesped del Ganjes—por que le llaman huesped, aunque el cólera tiene allí junto al Ganjes su propia casa.—Que *El Peral* hace pruebas; monografía acerca de todos los submarinos ideados desde los tiempos del Diluvio Universal hasta estos del Diluvio español.

Y luego los autores de estas obras, los sublimes omniacientes, miran con un soberano desprecio á los infelices que no quieren reconocer su grandeza.

**

Confíemos en que la ciencia procurará evitarnos los nuevos sinsabores que nos prepara la desgracia. Porque sino es cosa de emigrar. Aquí gastamos las epidemias como los trajes; uno para cada estación. En el invierno tuvimos género de Rusia; trancazo de primera calidad. Ahora nos quieren obsequiar con el acreditado cólera del Indostán. ¡Basta, por Dios!

Y por cierto: es costumbre cantar un *Te Deum* cuando los rigores de las epidemias desaparecen. Bueno; pues cantemos antes el *Te Deum*, que ahora es cuando más falta nos hace.

J. FRANCOS RODRIGUEZ.

Esta fué la relación que hizo el desdichado Antón, preso en la cárcel Modelo por robar un azadón en la mina del Anzuelo.

RAFAEL TORRONÉ.

CADA CUAL EN SU CASA...

¿Dónde está uno mejor que en su casa? En ninguna parte. Este es uno de los teoremas de los caseros. Me refiero á los hombres entusiastas, al parecer, por el hogar y las costumbres patriarcales; á los hombres caseros. Por que á los caseros que cobran, ó deben cobrar, no quiero ni nombrarlos. Nos separan la ley del inquilinato y los gustos particulares: ellos son partidarios del cobro y yo también, pero no del pago. En su casa vive cada cual á sus anchas ó á sus largas, según los elementos de que dispone, y la escuela de toreo que prefiere.

Esto es verdad. Y si en cualquiera estación del año es muy apreciable la libertad del hogar, en verano lo es aún mucho más.

Porque comodidades como las que brinda su propia casa á cualquiera persona, no las encuentra ni en hoteles, ni en caseríos, ni en parte alguna.

Esta es la opinión de cuantos se quedan en casa durante los meses de verano.

—Así justifican su constancia casera.

—En cuanto llega esta temporada no hay más que limpiar bien la casa, regar el pavimento y *entornar los balcones* para que «no entre el sol»—con arreglo al plan de las mujeres de su casa, y de los hombres de su casa.

Bueno es que conste, para remordimiento de los interesados, que los que se oponen á la entrada del sol en verano, son los mismos que abusan de él y «de toman» en invierno.

El interior de una casa particular, en verano, es una cámara oscura.

El infeliz que vá á visitar á los inquilinos, en pleno día de verano, es víctima de las precauciones anti-solares.

—Pase usted, don Fulano—le dice una voz que sale de aquel fondo oscuro que atemoriza á don Fulano.

El hombre duda, vacila, y, por fin, se resuelve á entrar en el caos, cuando la voz le dice:



—Dicen que el que quiera dinero que vaya al Banco; pues en él estamos y apostaría que entre los dos no reunimos dos pesetas.



—¿Quiere usted apostar á que su reloj atrasa?

—Pero en cambio yo me adelanto, y por si acaso me lo he dejado en casa.

—Pase usted por aquí, que voy á avisar al señor.

—¡Qué diablito está oscuro.

—No tenga usted cuidado.

—No, cuidado no tengo más que el natural, la timidez muy justificada en un ciego, aunque sea accidental.

Entonces la mano correspondiente á la voz se ofrece espontáneamente á don Fulano para guiarle á puerto seguro.

Pero uno de los nenos de la casa ha dejado en el suelo un caballo de cartón, de tamaño casi natural, y el caballero tropieza con aquel obstáculo atravesado en el recibimiento, y cae.

—¿Se ha lastimado usted?—le pregunta con interés la dueña de la voz y de la mano, una criada de la casa.

—No lo sé, hija mía—replica el desdichado, levantándose difícilmente.

—Es que el niño ha dejado el caballo ahí enmedio.

—¡Qué barbaridad de niño! ¿Un caballo para andar por casa?

—Un caballo de cartón.

—Ya.

—Pase usted á la sala, que ahora traeré á usted árnica y...

—Y dos docenas de sanguijuelas para aplicármelas á esta cadera.

La criada deja solo al caballero, sentado en una butaca y en aquella obscuridad terrorífica, y meditando:

—Señor, porque no pondrán sereno en ese pasillo. ¡Si yo lo hubiera sabido, qué habría de venir á visitar á este tío!

Pasan algunos minutos.

El solitario empieza á creer que ha perdido la vista.

Después de los momentos de silencio oye el caballero el ruido que produce una puerta que se abre sola.

En las tinieblas cree distinguir la víctima un bulto negro que entra en la habitación.

Para persona es bajo aquel bulto; para gato sería un abuso felino.



—¿Va usted muy lejos, rubia?
—Más allá de lo que usted supone, moreno.

LA MINA DEL ANZUELO.

(SÁTIRA.)

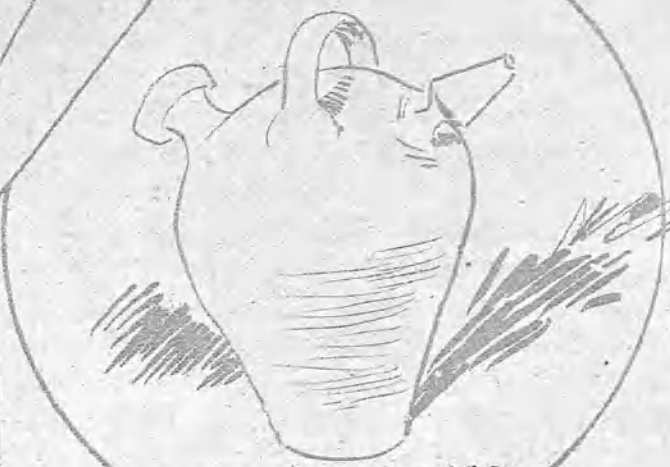
Escuchad la relación que hizo el desdichado Antón, preso en la cárcel Modelo por robar un azadón en la mina del Anzuelo.

Surgió en tierra de Castilla un venero de oropel, oro escaso, piedras grandes, mucho ruido y poca nuez. Mientras tanto que el filón no hizo más que prometer, y era, reloj descompuesto que dá mal y apunta bien; los primeros accionistas, que no pasaban de seis, por las artes de Brijan se convirtieron en cien; ponderando á tal extremo aquel filón de dublé que mil *Acciones-Meneses* despacharon en un mes, y en la mina del Anzuelo se pescó entonces con red. La vena pobre y canija, resultó enorme después, dando hemorragias de oro y pepitas á granel y aquella media docena de accionistas, al saber que el venero confirmaba su fingida esplendidez; suspendieron los trabajos, haciendo á todos creer que el negocio no valía lo que se gastaba en él, y que antes que con el oro darían con Lucifer.

Quando andaban las acciones por el suelo á puntapiés, los seis accionistas cacos compraron todo el papel, y millonarios se hicieron aquellos *hombres de bien* estafando á los incautos que los quisieron crear. Uno de ellos, viendo luego el engaño y la doblez de los accionistas cacos, les dijo un día: —Pues, ¿qué? ¿No se ha agotado la mina? —Se ha agotado para usted. —¡Esto es un robo! —Corriente. —Es una infamia.

—Lo sé; pero hay robos como soles, que brillan sobre la ley.

DE VERANO



El San Sebastián de muchos madrileños.

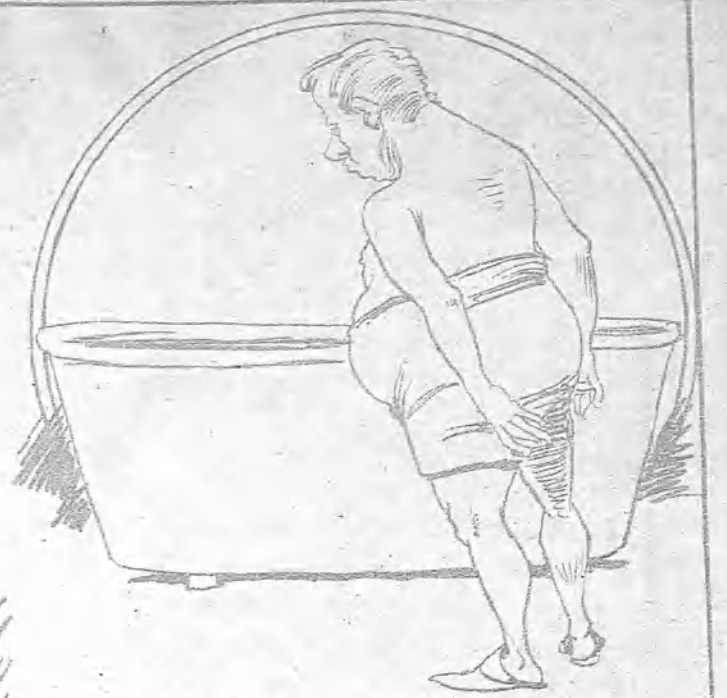


Probablemente á San Juan de Luz.

J. F. 1903



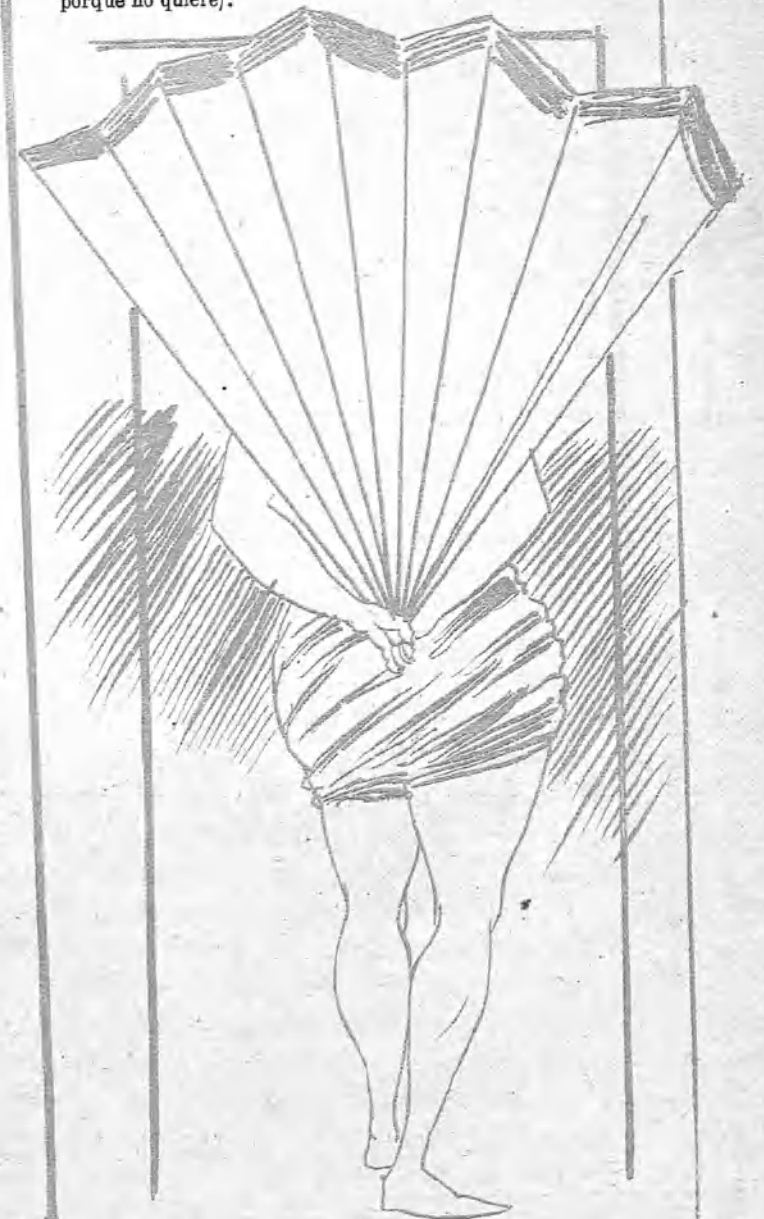
Muy probablemente á San Juan Dios.



—¡Que agradable brisa! (El que no se hace ilusiones es porque no quiere).



EN LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES.
—¡Y que no se refresca uno con estas cosas!



La sombra avanza en dirección al desconocido y mártir.

Pero en silencio.

—¿Qué será esto, Dios mío?—se pregunta alarmado el sujeto.

Enseguida siente como si le hicieran cosquillas en una mano, con una pluma fina, y al mismo tiempo, algo así como el aliento cálido de un beodo, en una oreja.

El infeliz queda como petrificado en la butaca y sin atreverse a respirar.

—¿Pero qué casa es esta?—se pregunta.

El dueño de aquel aliento saca de dudas al caballero, gruñéndole casi al oído.

—¡Un perro!—grita, saltando de la butaca, el desconocido.

En esto se hace la luz oportunamente.

El dueño de la casa y del perro, se presenta llamando á este y silbando.

Al pasar abre los postigos de los balcones para ver por donde anda y al caballero que le busca.

Un minuto más tarde y el perro habría concluído con el caballero de la visita.

El dueño de la casa se presenta en traje de baño.

Detrás llegan dos nenes en mallas naturales.

—Perdone usted—dice al desconocido—si le recibo de esta manera.

—En casa todo está bien, replica el otro.

—Este calor me mata; así es que ando siempre ligero de ropa.

—Muy bien hecho.

—Mi mujer es lo mismo,

—¿Lo mismo que usted? Pues será bonita.

—Quiero decir que anda lo mismo; casi en pelota.

Efectivamente, á poco atravesada por el pasillo la señora, envuelta en un peinador de lino.

Por poco más se la vé la raspa.

Entran ustedes en un café y necesitan práctico para llegar á una mesa.

En la calle cada paso es un tropiezo con esos hombres delicados de gusto, que nunca salen si no con sombrilla blanquísima por la parte externa y verde por la interior.

Son transeúntes con pantalla.

Todos desean volver á su respectivo domicilio, para «quedarse frescos.»

En esas casas «de vecindad», como denominamos á las del modelo de *Tocame-Roque*, los vecinos andan por patios y corredores al natural completamente.

«Sin aliño con la candidez del niño,» como dice... no sé si el poeta ó el *Bañero*.

Que no hay sitio como el de la propia casa para andar fresco.

Por lo menos, para estudiar el desahúo.

EDUARDO DE PALACIO.

¿SERÁ VERDAD?

CUENTO.

Escribió un libro Pascual, un libro sentimental

lleno de filosofía, y lo llevó cierto día á una casa editorial. Y embargado de emoción, latándole el corazón delante del que editaba, del libro que le llevaba hacia la descripción.

Mas el editor taimado que escuchaba muy callado cuanto Pascual refería, y que de filosofía estaba un poco atrasado.

Dijo con ruda franqueza y moviendo la cabeza,

Amores clandestinos.



—Necesito convencerme, ver si me engaña.

—¿Para qué?

—Para evitarla el rubor de la sorpresa.

(que no era buena señal):

—La novela, no está mal para ser de uno que empieza;

Pero yo, á fe de editor que vive del comprador, permita que le recuerde, que hoy no le gusta al lector nada más que el verde, el verdel

E. CONTRERAS Y CAMARCO.

«THE STRUGGLE FOR TAILOR»

(PSEUDO CATELINARIA.)

¡La lucha por el sastre! He aquí una lucha sorda, desconocida, heroica en su trivialidad... El traje es

al hombre como al brillante la luz: es el escudo con que al encubrir la desnudez, se encubren también los vicios y desviaciones de la moral... «Ir bien vestido.» Es lo único que os exige la sociedad... Si sois sabios, si tenéis el corazón tan puro como una gota de agua, si vuestro ser psíquico es perfecto en grado máximo y no tenéis un buen traje, ocultad vuestra sabiduría, moralidad y perfección en el fondo del desierto baul y sentaos sobre su tapa... No os presentéis en ningún sitio. «No os tenéis traje negro y no vais á ninguna parte.» Es un dicho popular, amargo como el acibar, y filosófico como todas las frases hijas del pueblo... Y de ahí que los desheredados, los ambiciosos, los que ansían subir—cueste lo que cueste—esa escalera social, cuyos peldaños se llaman: «Consideración», «Amistad», «Placeres», «Riquezas», «Mujer», «Fama», «Gloria» é «Inmortalidad», todos entablan la lucha, en la cual sale la mayor parte de las veces vencido el sastre: el alfa, el Dios tirano de las modernas sociedades.

Y por Cristo, que nada de esto se traduce en público, ni ninguno de estos átomos humanos lujosa y elegantemente disfrazados paran mientes en los ahogos, sinsabores y bajezas que les ocasiona el ir con plumaje de pavo real en vez del feucho del grajo, que de derecho les corresponde! Yo no sé qué gran fondo de estúpido convencionalismo se agita en la sociedad—conjunto de todo lo bueno, lo malo y lo medianero—que hace que se aprecie al individuo solo por el traje que usa: no íad que una blusa vale menos que una americana, una levita menos que un frac. Es la escala, el barómetro por el que nos guiamos...

Un hombre honrado, verdadero espartano en sus costumbres, vestido de chaqueta, vale menos que un criminal (prototipo de los antiguos y licenciosos romanos), que encubra su torpe humanidad con una levita ó con un frac. Este, exhala el perfume de los ricos,—valga el calificativo,—aquella deja escapar un olorillo al serrín de la madera, á la grasa de la máquina ó á la cal del mortero... ¡Y son tan extraños estos perfumes, que no se concibe en sus poseedores nada bueno ni superior... ¡Así va el mundo!

«La lucha por el sastre»... Esa se entabla tenaz y decidida por los vividores, por los que saben explotar las debilidades y tontunas de esa porción de zánganos enriquecidos, que sujetan á los demás á sus caprichos y estulteces... Los que no saben vivir, es decir, los pusilánimes, los que hacen del yo psíquico tan poco uso como de sus energías, ó bien, los hombres de ideas elevadas que se rien de los

trapos de que tanto se pagan los otros, esos permanecen llenos de indiferencia. La frase inglesa *The struggle for tailor*, es gringo, y los únicos apuros que pasan quedan reducidos a que, por falta de metálico, no puedan satisfacer con toda puntualidad el traje que imprescindiblemente tuvieron que hacerse, por no ser muy correcto el ir por las calles hecho un Adam.

A veces, contemplando un frac, ó una levita, he creído adivinar un drama... Quién sabe si para adquirir estas prendas habrá habido necesidad de escurirse como las anguilas por entre las mallas de la ley social... Quién sabe si la carta fué macada, el pagaré falsificado ó entró por muchos el agio que ahogó en un mar de lágrimas á unos pobres infelices, bastante crédulos que entregaron sus capitales en esperanza de cobrar un seis, un ocho ó un diez por ciento mensual... Pero esas falsías vienen á justificar el fin: el aprecio y veneración de la sociedad que no ausulta nunca el fondo de la llaga que le mina, siempre que los bordes estén bien vestidos... Cubrir las apariencias y reiros de todo... Sabed ser Janos: y no os cuidéis de más... Y si no entabláis la lueha por el sastrero no os irritéis ni os asombréis si vosotros, ricos en ciencia ó en virtudes, causáis cierta repugnancia en el paseo, en la calle ó en el salón á los gladiadores por el traje... La seda y el paño fino se mofan y apartan de la lanilla y el paño burdo... Miraros de los pies á la cabeza, haced inventario de vuestros harapos honrados y comparadlos con aquellos otros lujosos y brillantes, que emanan perfumes y deshonra... Os sentiréis humillados...

ALEJANDRO LARRUBIERA.

PACOTILLA.

Éxito grande ha obtenido, según todo el mundo dice, la Exposición de los perros de aristocrática estirpe. No me extraña; porque hay canes ilustrados que distinguen y saben lo que se ladran en bariton) ó en tiple y usan de buenos modales y son en la amistad firmes. En la exposición ha habido algunos perros insignes que sabían matemáticas y otras cosas muy difíciles, como ha habido también muchos bien conformados, gentiles, graciosos, limpios, correctos y hasta guapos inclusive, de modo que ha resultado una exposición plausible muy grata, muy *fin de siglo*, y sobre todo, muy pingüe. Esto animará, sin duda, á los ilustres ediles á seguir organizando festejos de ese calibre. Propongo al Ayuntamiento que para otro año organice una exposición de *Katas* ó una exposición de chinches.

Desalarmémonos, tranquilicémonos y alegrémonos las personas de buena conducta y de sanos principios. Se ha celebrado en la Coruña la vista en juicio oral de una causa muy importante. El procesado es un feroz bandido para el que será poco todo el peso de la ley.

ERA DEL ESTANCO



Cometió el inaudito crimen de robar un puñado de hierbas, que han sido tasadas, peccionalmente, en la enorme suma de cinco céntimos de peseta.

Lo primero que se le ocurre á uno, pensando en la víctima de ese robo—porque será un padre de familia, probablemente, arruinado por él—es si habrá recuperado algo de lo que le robó aquel bandido.

Es de presumir que sí, porque el ladrón no puede haber tenido tiempo de gastarlo todo.

¿Ha averiguado la autoridad si la suma robada ó parte de ella ha ingresado á nombre supuesto, en el Banco de Londres?

Porque hay que evitar el escándalo de que, después de estar ese criminal diez ó doce años en presidio, que es lo que merece, ande por ahí en coche propio, alternando con las personas honradas, que roban millones nada más que por *distracción*... de fondos públicos!

Una joven casada, muy sensible de carácter muy dulce y apacible, sencillo y candoroso, regañó el otro día con su esposo por un motivo fútil, y por poco le deja al hombre inútil soltándole un balazo que muy cerquita le pasó de un brazo. Este grave accidente fué una equivocación, seguramente. ¡Querría dispararle ella un suspiro y le disparó un tiro! ¡Cómo aprietan los lazos conyugales estas esposas tan *angelicales*!

«Señora: la cocina española está desatendida...»

Así ha dicho á la Reina Regente mi nuevo amigo y antiguo compañero Angel Muro al ofrecerla un ejemplar de sus *Conferencias culinarias*.

La política me está vedada en Los Madriles, pero que diga cualquiera á ver si es así no quiere decir en sustancia:

Señora: la cosa es grave y hay que tomar pinches nuevos, porque Sagasta no sabe ni freir un par de huevos. Camina á su perdición la cocina nacional si no se entrega el fogón á Cánovas y á Fidal. ¡Son cosa del otro jueves, por sus aptitudes latas, uno friendo percebes y otro mendando patatas!

Con que resulta, por lo visto, que nada se sabe de la *Santísima Trinidad* matutera.

Bueno; pues conste que ya tenemos dos misterios de la *Santísima Trinidad*.

Dos misterios sagrados que igual respeto infunden; uno el del catecismo y el otro el del matutel

Una chica muy joven y ya gallega se fugó el otro día de la Coruña —porque de amor estaba la pobre ciega— con un artista ecuestre de Cataluña. Si ella amor tiene al arte y él no es un tonto, quizá á montar en pelo la enseñe pronto.

Leo en un periódico que el otro día fué auxiliada una joven en Madrid por presentar síntomas de intoxicación.

Y que, según ella manifestó, había tomado equivocadamente, una disolución de *fjsforos*.

¿Equivocadamente?

Vamos, sí; que se puso á merendar y confundió una butifarra con una caja de cerillas.

Es claro; de tal manera se parecen, en verdad, que se equivoca cualquiera con mucha facilidad.

José Estrada.

CARICATURAS CONTEMPORANEAS.



MANUEL CAÑETE.

DE LA REAL ACADEMIA DE LA LENGUA.